

Ágora

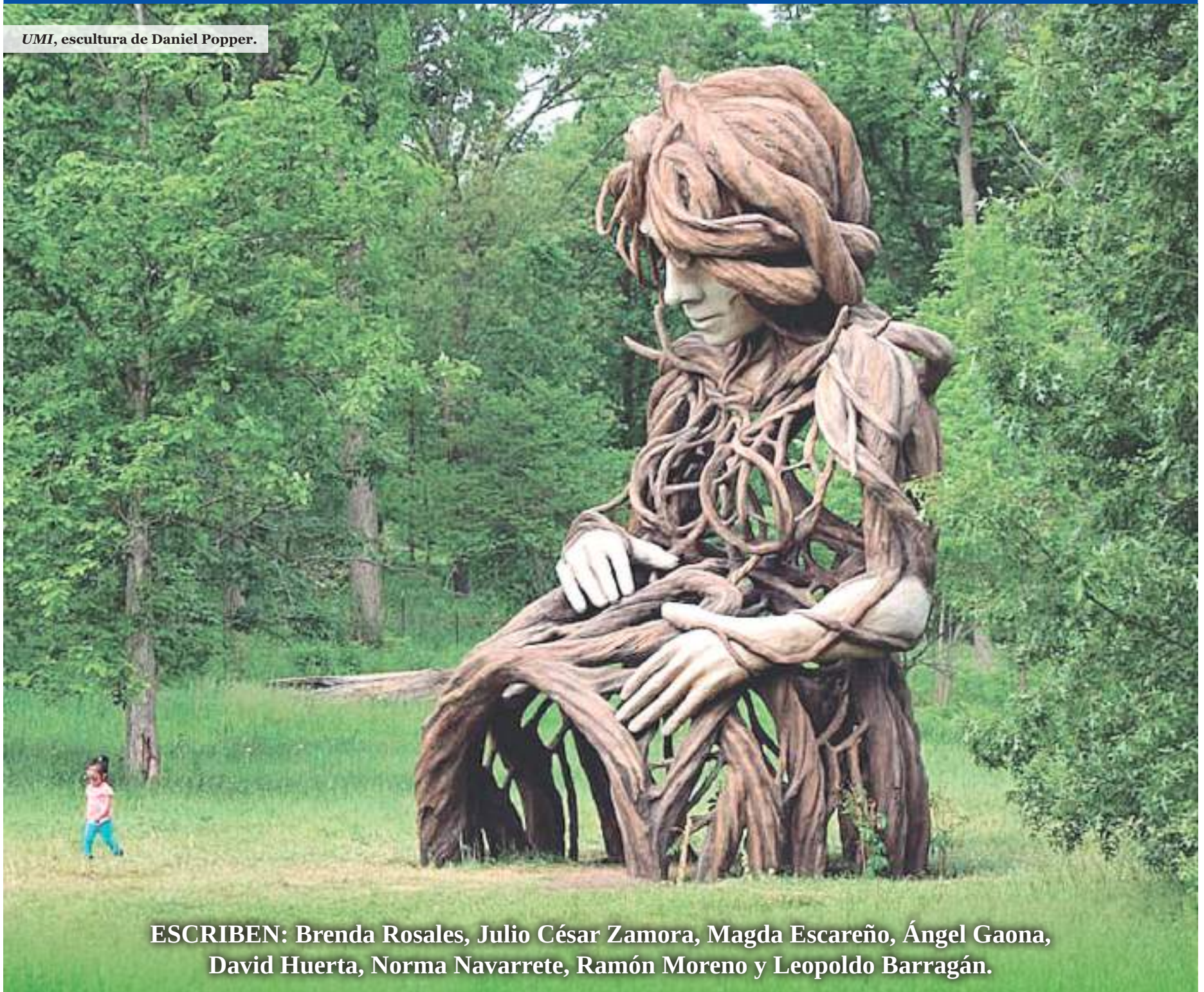
PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



2646

DOMINGO 20 DE JUNIO DE 2021

UMI, escultura de Daniel Popper.



ESCRIBEN: Brenda Rosales, Julio César Zamora, Magda Escareño, Ángel Gaona,
David Huerta, Norma Navarrete, Ramón Moreno y Leopoldo Barragán.

Historias covidianas entre pinturas y partituras*

Brenda Rosales

Hace días, Julio César Zamora y yo nos reunimos luego de toda una pandemia de no vernos. La última vez que lo vi todavía no tenía una hija, pero resulta que la pandemia le dio tiempo hasta para tener dos. Uno de ellos nos ha reunido aquí y se llama *Prohibido besar, historias contagiantes*.

¡Qué prólogo más bonito te ha escrito Adín, Julio! Con eso, hasta a los que, como lectores, nos movemos más entre libros de poesía que de narrativa, sin duda quedamos enganchados, por lo menos yo me enganché desde el prólogo.

Prohibido besar se lee de continuo, pero con una cadencia que seduce y se goza. El entramado de imágenes y sonidos abren el paso a la expectativa de la siguiente historia, siempre se queda corta la imaginación. Creo que por mucho o poco que hemos vivido, no imaginamos encontrarnos con una pandemia de esta talla que nos llevó sí o sí, por lo menos en un primer momento, a un encierro obligatorio de silencio zigzagueante y tantísimas crisis existenciales a causa del bombardeo de información, con fines más de entretenimiento que de prevención.

El libro me conmovió plenamente desde “Zazil” hasta “Última vez”, imaginé la espera y además esperé conocer

su sonrisa y me dispuse a escuchar a Debussy, Chopin y Beethoven. Y realmente me vi y comprendí que la soledad no es para cualquiera, sin embargo, he de confesar que justo si en algo me ayudó esta pandemia, fue precisamente a entenderme y estar sola, por eso entre las imágenes evocadas de las pinturas de Hopper me encontré, y eso, amigo, por supuesto que se agradece.

Los matices entre una historia y otra me llevaron a recuerdos insospechados, y tararee “las cosas más triviales se vuelven fundamentales” una y otra vez, porque es verdad que lo comprendimos en la pandemia, o al menos estamos en eso, y que dicha urgencia sirva de inspiración para gestar un proyecto tan circularmente bello y amplio en sus lecturas es, sin duda, algo que aprecio y celebro este día, que nos hayas regalado entre estas páginas tus cualidades de melómano, artista y escritor para contarnos estas historias covidianas con tintes ensayísticos, ¡oh sí!, como ya lo veremos más adelante en el conversatorio.

**Texto leído por la autora en la presentación del libro Prohibido besar, historias contagiantes, el pasado 17 de junio en La Peña.*

**Prohibido besarse
lee de continuo,
pero con una cadencia
que seduce y se goza. El entramado
de imágenes y sonidos
abren el paso a la
expectativa de la
siguiente historia.**



Los escritores Miguel Ángel León Govea, Julio César Zamora y Brenda Rosales, durante la presentación del libro *Prohibido besar, historias contagiantes*, en La Peña.

¿Cuál es el color del viento?

Norma Navarrete

Una niña se asoma
desde una flauta tradicional china.
Se pasea y toca, se detiene.

El viento es azul
y su sonrisa es el mar.

El mar visitado por gaviotas
habita en su historia variable de
marea.
Blanca, azul ultra.
Una campana, la tranquilidad.

El viento susurra con alas de libélula.
su paso nos envuelve.
como sueño nos rodea
con brazos de sol.

La sonrisa del viento
nos guía desde lo profundo
a la superficie donde la palabra
descalza
camina y se limpia los ojos de sonidos.
Deshace cualquier oscuridad.
Sirve el paisaje con mano infantil.

La luz es un laberinto.
Su sonido se desplaza
dentro del corazón a pleno marino,
con olor a pasado.

Ramillete de ideas o flores
Se abren: de dos en dos,
de mil en pausa.

Mis dedos confirman
el color del viento:
es azul y se escapa
igual que mariposa,
ante los ojos de todos.

Se instala en los árboles
y juega con sus verdes hojas,
cuando el verano se pronuncia.

A ritmo del río de ayer.
Camina el aire entre piedras,
no vuelve.

La mañana se ha ido,
vuelvo a sonreír.

La paciente 31*

Julio César Zamora

“Has estado en contacto con una persona contagiada de Covid-19”, leyó Mai el mensaje que había recibido en su celular a través de la aplicación de rastreo. Permaneció atónita durante unos segundos, después hizo un repaso mental de las personas que acaba de ver... De pronto le llegó otro aviso: “Hay una persona cerca de ti que es sospechosa de Covid-19”. Con discreción, miró a los pasajeros que se encontraban en el vagón y pensó en bajarse en la siguiente estación. Ellos ya la habían visto. Todos se observaban con desconfianza.

Mai se quedó atrapada en la casa de sus padres durante 68 días, en Yichang, luego de haber salido desde el 20 de enero de Wuhan, en la provincia china de Hubei, para regresar a su ciudad natal y pasar el Año Nuevo Lunar con la familia y ver a sus viejos amigos. Pero ya no pudo volver tras el decreto de la cuarentena por el gobierno chino.

Eran cinco pasajeros más, cuatro hombres y

el confinamiento en Hubei, pero en Wuhan sólo se permitió el acceso a residentes que tuvieran que presentarse a trabajar. Mai se reincorporaría el 28, día en que reanudaron el servicio del metro, donde se habían instalado 200 equipos inteligentes de monitorización de temperatura infrarrojos en 182 estaciones. Los pasajeros debían escanear sus códigos QR de salud, con información de nombre real y revisar su temperatura corporal antes de entrar a las terminales y usar mascarillas. Algunos usuarios portaban guantes de plástico, caretas o lentes protectores. También debían escanear el código de rastreo del viaje al descender del metro.

Mai viajaba en la línea 2 del metro, que circula noroeste-sureste, desde Jinyintan a Optics Valley Square, una línea que conecta con importantes zonas comerciales y de negocios de la ciudad. Ella bajaba en la estación de Xunlimen, un recorrido de 25 minutos, pero en esta ocasión, sabía que tendría

que descender antes y avisar en su trabajo que debía hacerse una prueba para saber si estaba infectada o no.

Afuera de la estación de Jinyintan, donde Mai había abordado el metro, una señora se hallaba repartiendo folletos que decían que el coronavirus era una enfermedad “ligada al pecado”. Señalaba también el nombre de una congregación religiosa que los liberaba de las imperfecciones humanas. Un dron volaba sobre ella repitiendo: vuelva a su casa. Cuando Mai ingresó al metro, no alcanzó a ver que entre dos guardias aprehendían a la mujer que un día antes había

sido diagnosticada con Sars-CoV-2, en el hospital Lei Shan, en la ciudad de Ezhou, registrada como la paciente 31 de ese nosocomio.

Poco antes de llegar a la siguiente estación, el joven que estaba erguido comenzó a estornudar, una, dos, tres veces seguidas. Mientras se miraban unos a otros, el guardia le indicó que tenía que bajar y acudir a una clínica. ¡Usted es un caso sospechoso! El muchacho se levantó del asiento con precipitación, se quitó el cubrebocas y le respondió señalando a Mai: ¡Ella también! El hombre lo increpó, ¡póngase la mascarilla! El joven sacó un papel de su chamarra y lo levantó con la mano gritando: ¡Todos somos pecadores, aquí lo dice, nadie se salvará, debemos purificarnos! El guardia le gritó ¡al suelo, tírese al suelo!, sacando una stun gun...

**Fragmento de uno de los cuentos del libro Prohibido besar, historias contagiantes.*

Embrionario

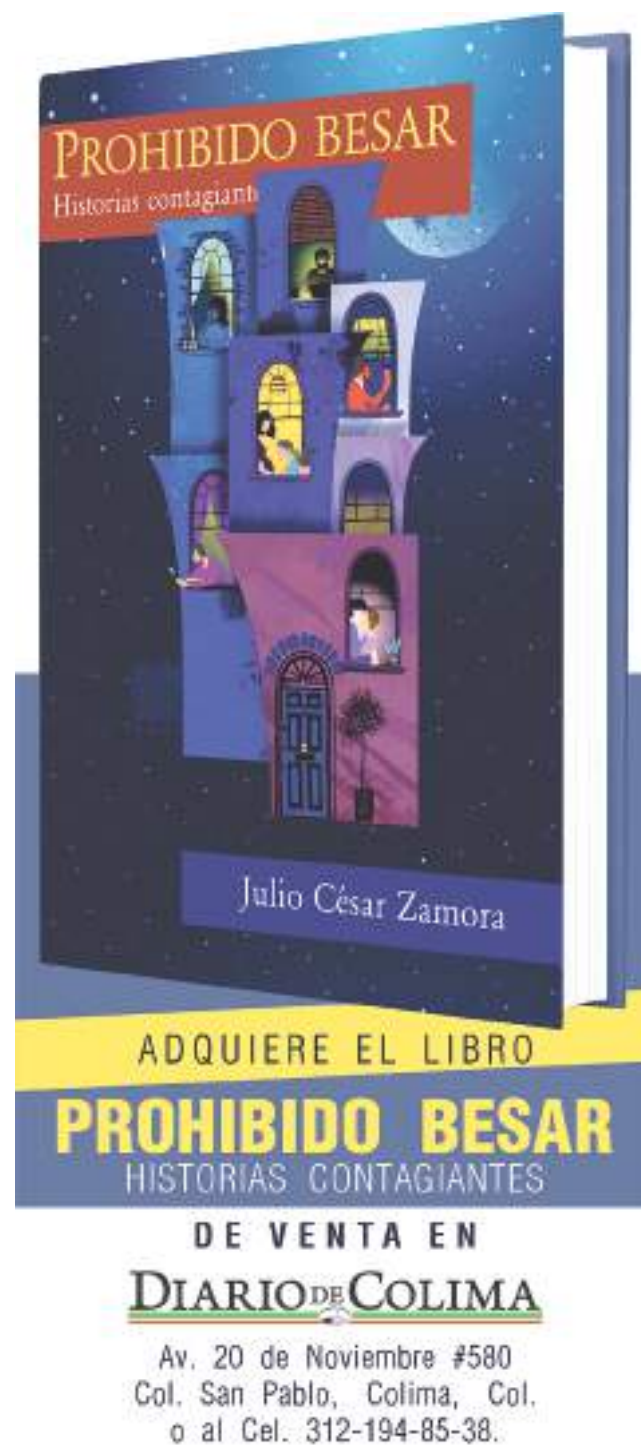
Magda Escareño

Dedicado para Zazil

CHIQUEOS:

I Chal materno:

Mantilla en que el tiempo fue abrigo en un claustro. Claro-oscuro, porque el líquido es transparente y luz; porque la noche parece intacta. Porque crece la evolución y no hay regresos. Ya se piensa desde allí en ser y estar. La primera cuna de mar solícito, de entrega y espera...



A los cinco pasajeros aya les había llegado una alerta en sus teléfonos: “Una persona que acaba de ingresar ha tenido contacto con un enfermo de Covid 19”. Bastaba con que revisaran su aplicación de rastreo para detectar quién de ellos aparecía como un punto verde, amarillo o rojo.

Mientras estuvo en Yichang, Mai aprovechó para platicar y convivir con su familia, después de un año sin verla; eran siete integrantes, incluyendo a sus dos hermanos, una cuñada y un sobrino de cinco años. Quedarse en casa era su única opción. Todos los días iban personas a tomarles la temperatura al domicilio, y solo uno de sus hermanos, tenía autorización para salir a comprar alimentos.

A los cinco pasajeros ya les había llegado una alerta en sus teléfonos: “Una persona que acaba de ingresar ha tenido contacto con un enfermo de Covid-19”. Bastaba con que revisaran su aplicación de rastreo para detectar quién de ellos aparecía como un punto verde, amarillo o rojo. Había cuatro en verde y dos en amarillo. Ninguno en rojo. Entonces Mai se dio cuenta de su nueva clasificación. Después de más de dos meses de estar en verde, ahora era un aborrecible amarillo.

El 24 de marzo las autoridades chinas cesaron

Como gigantes dioses míticos, las esculturas de Daniel Popper

Ágora

Daniel Popper es un artista sudafricano con residencia en Ciudad del Cabo, conocido por incorporar sus colosales esculturas al entorno que las circunscribe, como gigantes dioses míticos. Sus figuras enriquecen los paisajes donde son instaladas, mimetizándose sin robar protagonismo al esplendor de la naturaleza.

Sus espectaculares megainstalaciones, que le han granjeado fama internacional, han ocupado un lugar destacado en festivales de música como Electric Forest, Burning Man, Boom Festival en Portugal o el Afrikaburn en Tankwa Karoo en su Sudáfrica natal.

Ahora el Arboreto Morton ubicado en Chicago acoge Human + Nature, la exposición más grande hasta la fecha dedicada a su obra. Cinco enormes figuras femeninas se erigen sobre el verdor de este jardín botánico para rendir tributo a la resistencia y diversidad de la naturaleza, en particular a los 220 mil ejemplares individuales que crecen en los terrenos.

Construidas de madera, hormigón reforzado con vidrio, fibra de vidrio y acero, las esculturas varían en pose y estética general. *Hallow*, que se encuentra en la entrada del arboreto, es una escultura poética que evoca la instalación con dosel de helechos que el artista dio a conocer a fines del año pasado en Fort Lauderdale.

Sentient, por otro lado, rodea un busto central con un ensamblaje surrealista de rasgos faciales representados en trozos de madera en ángulo. Cada uno está construido a una escala monumental, mide casi ocho metros de alto y pesa varias toneladas.

Como acostumbra, Popper vuelve a poner el foco de su discurso artístico sobre la conexión entre los humanos y los elementos de la naturaleza y la Tierra, al mismo tiempo que crea conciencia de una forma simbólica con sus colosales figuras.

Añadimos también otras esculturas del artista como *Anima*, de 7 metros de altura, situada en Las Vegas, EUA, en un piso de vidrio con un bello jardín, donde el público puede interactuar con ella. *Emergence*, ubicada en Idanha-a-Nova, Portugal, de 12 metros de altura, fabricada con una variedad de madera, acero y cuerdas. El interior contiene un candelabro de vegetación. Asimismo, *Thrive*, una instalación pública permanente en Society Las Olas, un edificio residencial en Fort Lauderdale, Florida, mostrando a una mujer que abre su pecho para revelar un túnel cubierto de helechos.

Y por último, *Ven a la Luz*, la escultura que se encuentra en México, a la entrada del hotel Ahau Tulum, desde hace ya 8 años, una de las más populares de Popper y que se ha convertido en un ícono de Quintana Roo. La obra de 10 metros de altura, muestra a una mujer con piel de madera y lazos, que a través de su pecho muestra un jardín y naturaleza.

Heartwood.



UMI.



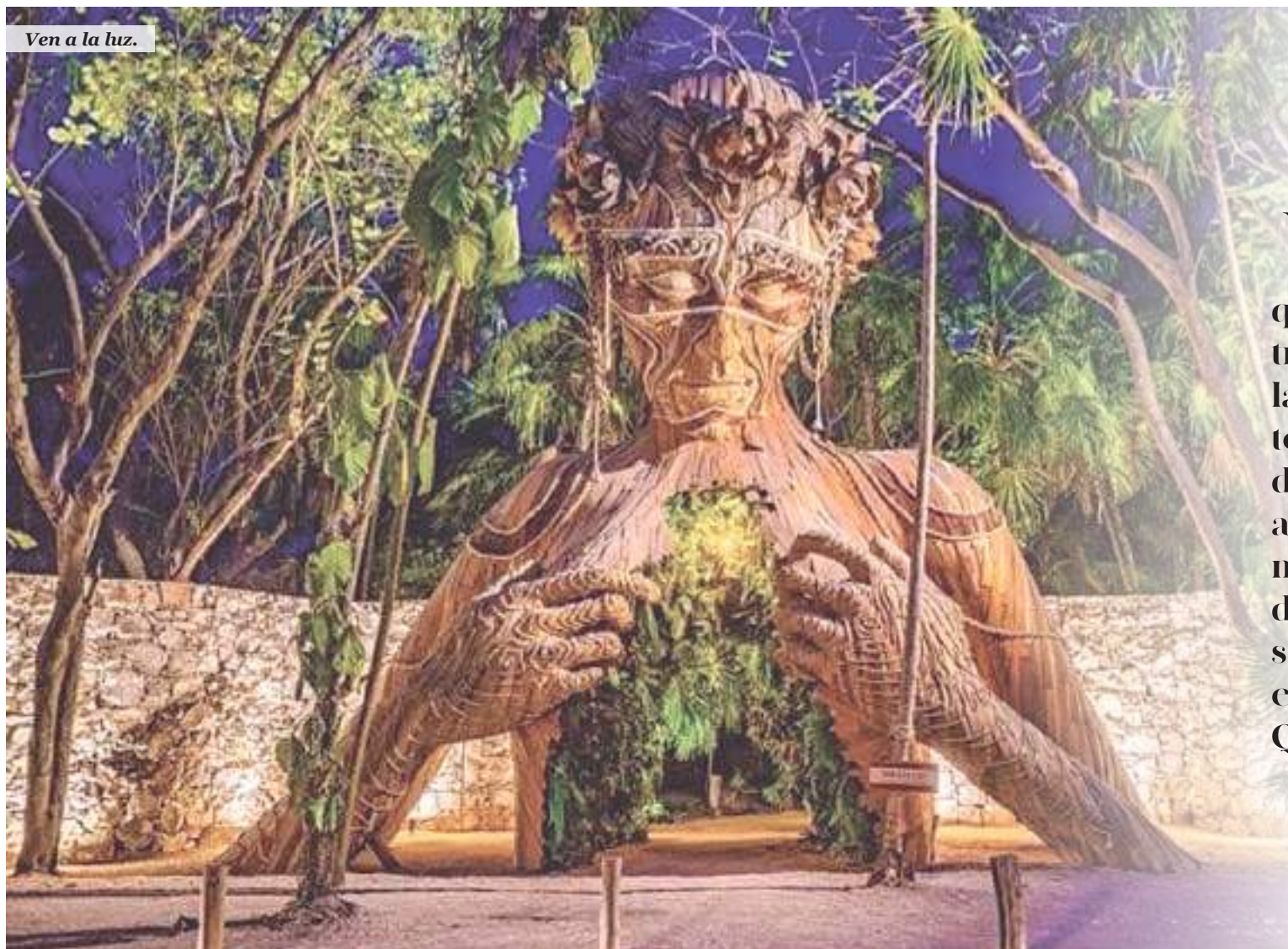
Cinco enormes figuras femeninas se erigen sobre el verdor de este jardín botánico para rendir tributo a la resistencia y diversidad de la naturaleza, en particular a los 220 mil ejemplares individuales que crecen en los terrenos.

Sentient.



Hallow.



Ven a la luz.

Ven a la Luz, la escultura que se encuentra en México, a la entrada del hotel Ahau Tulum, desde hace ya 8 años, una de las más populares de Popper y que se ha convertido en un ícono de Quintana Roo.

Anima.*Emergence.**Thrive.*



Santos y veladoras

Leopoldo Barragán Maldonado

Si en determinada perspectiva religiosa se dice, y también se cree, que fuimos creados del barro, que somos polvo y después de la muerte en polvo nos convertiremos, entonces no resultaría descabellado afirmar, desde una visión existencialista, que mientras estemos vivos será posible elevarnos desde el lodo hacia el cielo, considerando a éste no como la mansión de las almas bienaventuradas que descansarán eternamente en el paraíso, sino más bien concibiéndolo a manera de un lugar cercano a la santidad mundana, es decir, al campo real donde los sujetos interactúan en el proceso social de recepción y distribución de los dones, porque el cielo y el infierno son los dos grandes océanos que cubren nuestro mundo. Lo 'santo' es un acto comunicativo, no sólo de la gracia o del poder, sino también de la participación en los dones. El cielo es aquí, el infierno es aquí, los demonios están en nosotros, la lucha contra el mentado Luzbel es interior. Oigo el tañer de las campanas, pero no las escucho, tampoco filosofo en el claustro, sino en el santuario de la naturaleza, prefiero la ermita que la parroquia, mi filosofía es profana, la vivo más allá de las puertas del templo y la disfruto filosofando con amigos, demonios y geniecillos, no con el diablo.

Recientemente me reuní con dos amigos, ambos pastores de iglesias cristianas, el propósito fue dialogar acerca de lo que insistentemente he llamado la 'santidad' de José Alfredo Jiménez, tesis que para muchos puede ser una incongruencia descomunal, pero no importa, porque los duendes son traviesos, hacen cosas extrañas, y la filosofía no es más que una solemne broma dicha por circunspectos vagabundos. Además, no me refiero a la santidad que se mira desde las atalayas teológicas, sino a la que es susceptible de vislumbrarse

en los áridos campos, o si se prefiere, en los terrenos fértiles del filosofar, todo es pensamiento adaptado a la realidad, tan santos pueden ser Pascual Bailón y Antonio de Padua, patronos de las cocineras, y de los buscadores de amoríos; como santos también lo son Jesús Malverde, patrono de los narcos, y José Alfredo Jiménez, patrono de los enamorados y desenamorados. Veladora para San José Alfredo.

La santidad no es consecuencia directa de una conducta contemplativa, puritana y libre de pecado; por el contrario, el hombre que es santo, aquel que alcanza la santidad es sólo el reflejo indirecto de los convencionalismos sociales y las necesidades históricas, un ejemplo de la artificialidad de la santidad lo tenemos representado en la figura de Bernardo de Claraval, quien por una parte pretendía purificar y preparar su alma para unirse a Dios, y por otra, en tiempos de las guerras francas (Cruzadas), teorizaba teológicamente para justificar el asesinato indiscriminado de los infieles, o sea, de todos lo que no fueran cristianos, ¡qué ironía!, prefiero llamar 'santo' a quien decide cambiar sus canicas por copas de vino y refugiarse en el rincón de una cantina, que al monje vestido con túnica blanca y escapulario negro, que exhorta pasar a cuchillo a hombres, mujeres y niños, por el grave pecado de no compartir su credo, y por si fuera poco

icontando con las bendiciones e indulgencias papales!, como lo pregonó Gregorio VII, olvidando la sentencia de Jeremías (48:10) "maldito el que retrae su espada de la sangre". Mejor prendo una veladora a San José Alfredo.

Por cierto, en los escabrosos y controvertidos asuntos del amor, posibles o imposibles, más que poner de cabeza la imagen de San Antonio, y esperar a que los astros se alineen, o que las fuerzas ocultas del universo nos hagan el 'milagrito', estoy convencido que puede dar mayor resultado echarnos unos traguitos de tequila, acompañarnos de un buen mariachi, y al calor del eros entonar de nuestro ronco pecho: "esta noche le canto a la ingrata, tres canciones que la hagan llorar". Creo más en las cuerdas de la guitarra, que en las figuras de cerámica. Otra veladora para San José Alfredo.

Parte de nuestra naturaleza humana consiste en atribuir significado a las cosas que nos rodean, vivimos en un tejido social hilvanado por creencias, mitos y símbolos, entre los milagros de un pagano y un cristiano, no hay diferencia, sólo media la artificialidad que se le conceda a la palabra santidad, por algo Cassirer nos definió como 'animales simbólicos'. A la pregunta '¿qué es un santo?', respondo que es sólo una construcción social, la santidad se suma a los factores que coadyuvan en el fortalecimiento de la cohesión social, todos nosotros, en lo individual y en lo colectivo necesitamos de los

santos, hasta en las manifestaciones más triviales, pero no menos importantes, como en el fútbol, la santidad está presente, un tiro penal bien atajado es suficiente para que el portero sea elevado a la categoría de 'santo', y así conocemos en nuestra cultura popular a San Oswaldo Sánchez, y a San Guillermo Ochoa. La voz del pueblo beatifica, santifica y sataniza. No sólo somos animales simbólicos, también somos

animales hagiógrafos. ¿Podemos comprender el imaginario colectivo sin el 'Santo' enmascarado de plata?

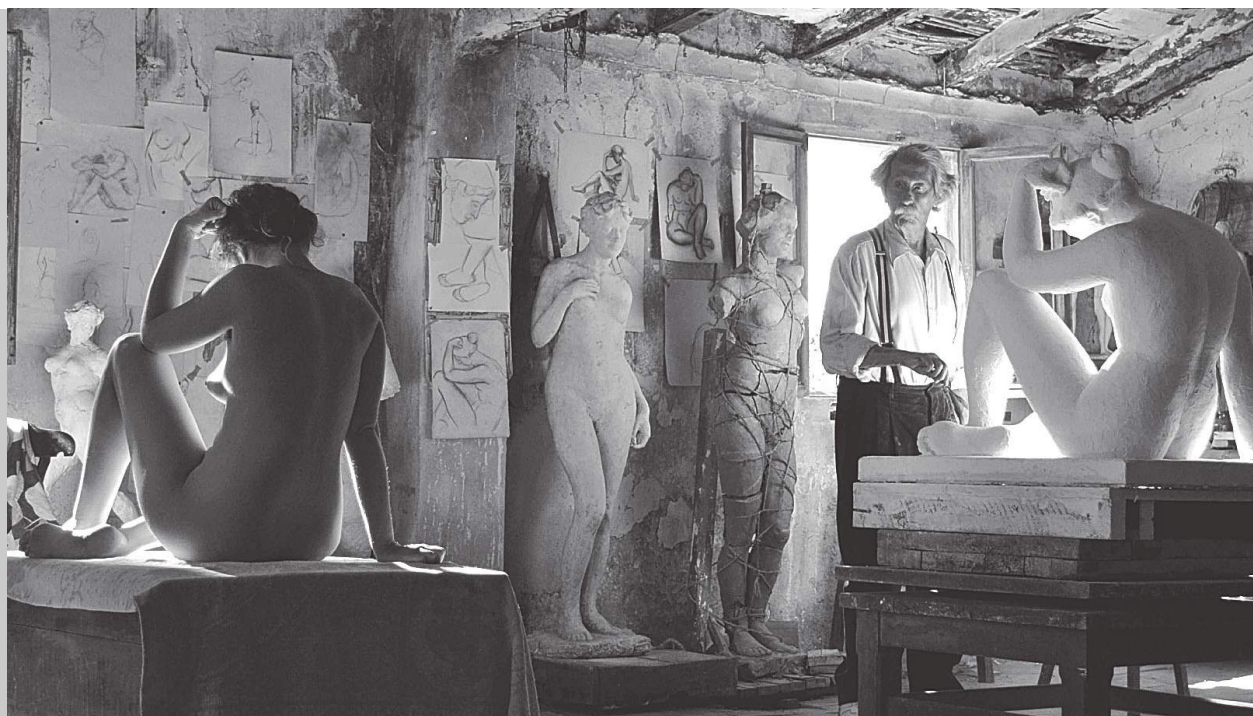
Si estableciéramos una jerarquía de todos los santos, tomando como criterio la intensidad y la naturaleza de sus dones que nos dispensan como milagros, probablemente los referentes al amor ocuparían el primer lugar, porque en este mundo, el amor es el soporte de todas las relaciones humanas. El amor se traza con líneas horizontales y verticales. Todos los humanos estamos a la misma distancia de lo divino, las alturas se alcanzan desde abajo, si el desierto es la cuna de la espiritualidad, el vacío lo es de la santidad. Para ser 'santo' no se requiere penitencia, arrepentimiento y mortificación; el primer paso hacia la santidad es 'desprenderse' del lodo, salir del fango, deshacerse de todas las adherencias mundanas, como dice la canción "he ganado dinero para comprar un mundo más bonito que el nuestro, pero todo lo aviento porque quiero morir como muere mi pueblo". No hay hábitos, ni reliquias sin manchas. En el mundo de la santidad, la montaña es el punto intermedio entre el lodo y el cielo. Los ascetas, místicos y profetas fueron buenos trepadores; los santos ascienden a las montañas. Prendo mi veladora para el jinete que cabalga solito en la lejana montaña.



Musa constante

Ángel Gaona

Me prohibí amarte
me prohibí odiarte
me prohibí la impostura
de ser tu contraparte
me prohibí conceder que fueras
la primera, la última y la única
En realidad no cumpliré nada
mas nunca me serás indiferente.



Libros y otras cosas

Poetas laureados

David Huerta

La institución del poeta laureado es muy antigua. La de los “poetas nacionales”, afín a aquella, es más antigua todavía: comienza con Virgilio, consagrado por el emperador Augusto, a quien el Mantuano consagró a su vez en la *Eneida*. Virgilio es el poeta nacional (o imperial, si se quiere) de Roma.

El inmenso Francesco Petrarca fue poeta laureado en el siglo XIV; su fama y su influencia permiten decir, con toda certeza, que los siglos siguientes fueron “petrarquescos”. El poeta de Laura —laureado por él mismo en el Cancionero— fue el maestro de poesía en Europa durante largo tiempo.

En España ha habido poetas nacionales; en la Cuba de Fidel Castro, Nicolás Guillén fue nombrado poeta oficial de su país, a pesar de que el viejo revolucionario de la Sierra Maestra no sentía mucho afecto por él. En México no ha habido poetas nacionales ni poetas laureados. Mejor dicho: la frase “poeta nacional” se asigna a los poetas famosos, respetados, admirados, queridos. Carlos Pellicer, Octavio Paz, Jaime Sabines han sido todo eso, en diferentes dosis y combinaciones.

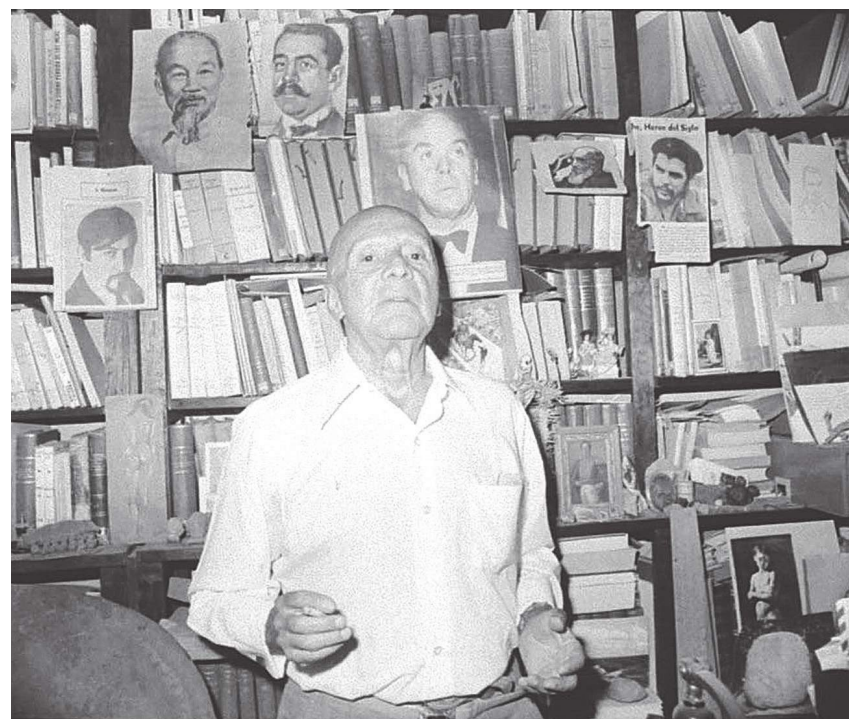
Efraín Huerta fue consagrado hace algunos años, extraoficialmente, como Poeta de la Ciudad de México; y tan no es oficial esa designación —más bien, asunto de opinión— que no hay en esta ciudad de la que es “el poeta” ninguna calle, plaza, puente peatonal, paso a desnivel, avenida, cerrada, callejón o glorieta que lleve su nombre; y creo que así está bien.

Pero debo aclarar algo: cuando se le propuso a su familia ponerle el nombre de Huerta a un sitio en la ciudad, le asignaron un lugar apenas visible: un caminito oscuro y tristán entre edificios y casas, una auténtica vergüenza.

Hay poemas de inmensa celebridad nacional, compuestos por poetas muy diferentes. De Juan de Dios Peza (“Fusiles y muñecas”), Manuel Acuña (“Nocturno a Rosario”), Salvador Díaz Mirón (“Mamá, soy Paquito”), Guillermo Aguirre y Fierro (“El brindis del bohemio”) y muchos de Amado Nervo, numerosos poemas están en esa situación. “La suave patria”, el centenario poema de Ramón López Velarde, está entre ellos y figura por méritos propios en un canon problemático y discutible, no por sensiblería o chabacanería; es un gran poema.

Pero López Velarde no es ni ha sido el poeta nacional de México, entre otras razones porque esa institución no existe entre nosotros, como existe en Inglaterra y en los Estados Unidos. En realidad, es un asunto de opinión, específicamente de opinión pública; de acuerdo: entonces hay que decir que el del “poeta nacional” de México es un tema ocioso, la verdad. En nuestro país hay premios y distinciones diferentes y contrastantes; hay una Rotonda para los (...) Ilustres; pero no existe esa institución de la que hablamos aquí. La del poeta nacional es una cuestión de pareceres, de muy cortos alcances.

López Velarde murió hace 100 años en lo que hoy es la Casa que lleva su nombre. Lo mejor es leerlo, seguir leyéndolo.



En México no ha habido poetas nacionales ni poetas laureados. Mejor dicho: la frase “poeta nacional” se asigna a los poetas famosos, respetados, admirados, queridos. Carlos Pellicer, Octavio Paz, Jaime Sabines han sido todo eso, en diferentes dosis y combinaciones.



A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XLIII

Fotograma de *El artista y la modelo*.

Muerte a filo de obsidiana II

Ramón Moreno Rodríguez

Los ocho peninsulares han salido —es un decir, los mexicanos los han sacado— del agua y del otro lado de la turbamulta. Los españoles que no se tiraron al canal y los mexicanos contra los que luchan parece que detienen por unos segundos su batalla para ver cómo conducen a los prisioneros. Todos saben a dónde los llevan.

Entonces Maluenda se da cuenta que trae arrastrando la espada. La levanta con gran dificultad y apuñala a uno de los indios que lo sujeta: la vista se le pone en blanco por el gran esfuerzo. El captor arroja borbotones de sangre por el vientre e inevitablemente libera a su prisionero. Maluenda suelta la espada; ésta suena desgarradamente cuando pega en el piso. Sin su arma sabe que no le queda esperanza alguna. Siente los puñetazos que le dan sus demás captores; los insultos no los entiende.

Mientras tanto, los de caballería regresan y se dan cuenta, más por intuición que por estarlo viendo, el lío en que están metidos los de la infantería. Hasta adelante viene un inexperto, un recién llegado, un tal Portilla que estuvo en lo de Italia. No lo piensa más y avanza a todo galope para embestir a los mexicanos que rodean a los suyos. Los más expertos le gritan, esperad, veamos primero qué es lo mejor. Pero éste no atiende o no los escucha, llega hasta la encrucijada del callejón y mira hacia donde miran todos. Al fondo ve el canal que cruza y más al fondo aquella masa amorfa de mexicanos que conduce a los prisioneros. No lo piensa, redirige su corcel y avanza a todo galope, atropella a los indios pero también a los suyos. Llega hasta el canal y tira de la rienda a su caballo para que lo salte, éste obedece y libra sin dificultad la zanja, sólo que las patas traseras no logran afirmarse bien en el lodazal que ha dejado la anterior escaramuza. Resbala hacia atrás, pierde el equilibrio y ambos, montura y bestia, caen de espaldas al agua. Se sumergen por completo. Muchos indios sueltan a los prisioneros y corren en busca del incauto. El caballo y el jinete sacan la cabeza y sin pausa son tundidos. Maluenda se da cuenta que solo un indio lo sujeta, le da un fuerte empujón y corre, un segundo prisionero logra desasirse. No lo ve, pero intuye que otros también han escapado. Los indios se reorganizan y corren tras ellos. El fugitivo llega hasta la esquina y da vuelta, el otro evadido que corre atrás de él le dice, acá, por acá hay dónde escondernos. Al tonelero esta idea no le gusta, prefiere huir, no atiende el consejo y ve cómo el otro se mete en una gran montaña de composta. Él se aleja, de

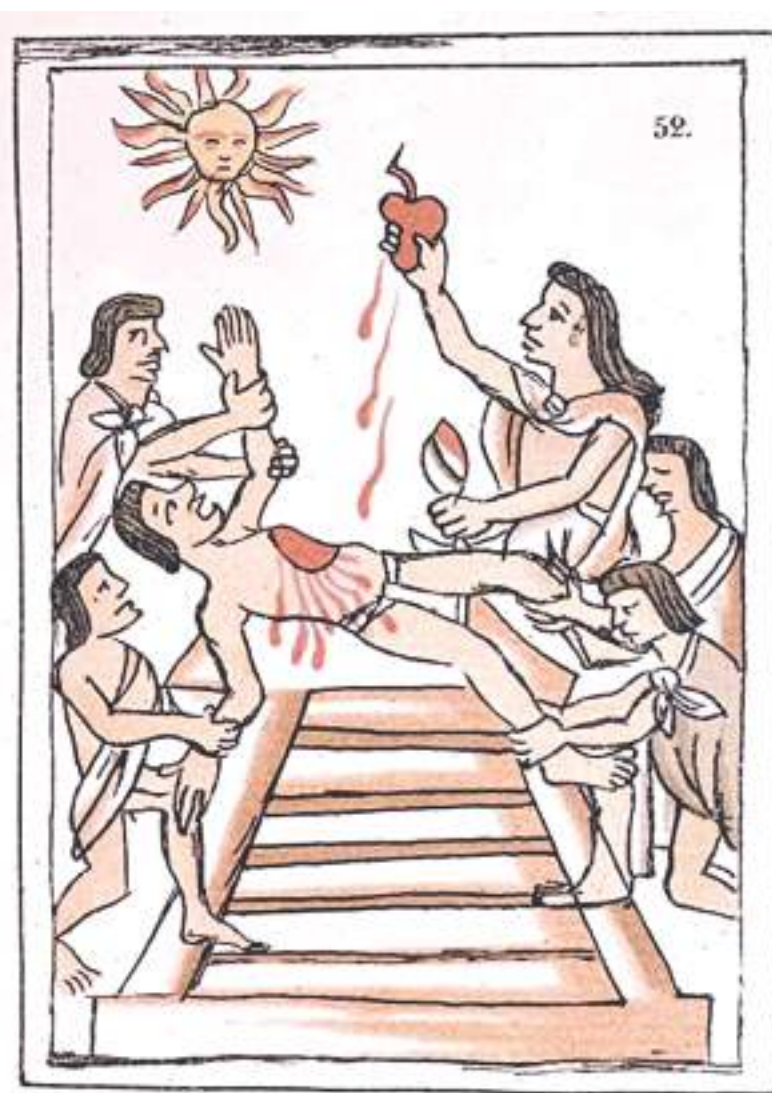
repente mira hacia atrás una y otra vez. De nueva cuenta da vuelta en una esquina pero alcanza a ver con el rabillo del ojo cómo dos indios sacan de entre la hojarasca al otro prófugo; a él ya no lo persiguen.

El vascuence ha vuelto al campamento, la batalla acaso duró media hora, los resultados no pudieron ser peores. Aparte de los ocho prisioneros, más de cinco murieron en la batalla y dos caballos quedaron en el canal. Tres mujeres curan a los heridos, el más grave es el mercader de armas; aparte de que ha perdido mucha sangre tiene un hueso roto. Ahora duerme, o eso creen, pues el sueño se confunde con los desmayos. La tarde empieza a caer, el silencio es total, nadie quiere hablar de aquel desastre. Pedro de Alvarado y los tlaxcaltecas, advertidos de lo que ha pasado, regresan precipitadamente y, remedio inútil, el extremeño manda a los indios aliados a rellenar el canal de la trampa. Huehualco es el barrio donde ahora moran; hace mucho tiempo que fue abandonado por sus pobladores; aquella es tierra de nadie, los extranjeros no pueden creer cómo los mexicanos lograron hacer aquellos pozos en el lecho de tan insignificante canal y no lo hubieran advertido. Todos piensan que Maluenda morirá.

De repente, el silencio se allana, los tambores y caracoles resuenan desde lo alto del templo mayor. Varios salen de la casa de terrado donde se han instalado y miran hacia lo alto de la pirámide; la mayoría prefiere no hacerlo, ya saben lo que va a pasar; algunos lloran. Los mexicanos conducen a lo alto de las escalinatas a los prisioneros, uno de los jinetes señala con el dedo: ese es Portilla. Se da la vuelta y se marcha, otros lo siguen, pero unos cuantos permanecen hipnotizados viendo aquel lejano ritual.

Los cuentan, son ocho, ninguno escapó, sólo el vascuence. A bofetadas y empujones los obligan a bailar mientras los tambores continúan. De momento el ruido se interrumpe, uno de los prisioneros es colocado de espaldas sobre el tajo, el sacerdote de Huitzilopochtli le saca el corazón, otro teopixqui lo decapita y luego hace rodar el cadáver, que aún se bulle, escaleras abajo. Todo fue tan rápido que nadie cree lo que ha visto. Varios regresan al campamento, no quieren ser testigos de aquel macabro espectáculo. Maluenda no se da cuenta de nada, sigue dormido.

**Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la U de G, Cusur.*



Los cuentan, son ocho, ninguno escapó. Sólo el vascuence. A bofetadas y empujones los obligan a bailar mientras los tambores continúan. De momento el ruido se interrumpe, uno de los prisioneros es colocado de espaldas sobre el tajo, el sacerdote de Huitzilopochtli le saca el corazón, otro teopixqui lo decapita y luego hace rodar el cadáver, que aún se bulle, escaleras abajo.